

llas, y casi inclina á sospecharlo la escasez de los restos subsistentes; pero al comparar la abatida situación de Cantalapiedra con la floreciente de Peñaranda, tres veces ya más populosa, enriquecida sin sobresaltos, señalada sin acontecimientos, ennoblecida sin pergaminos, se nos viene á los labios aquella filosófica sentencia: «¡dichosos los pueblos que carecen de historia!»



ÁVILA

CAPÍTULO PRIMERO

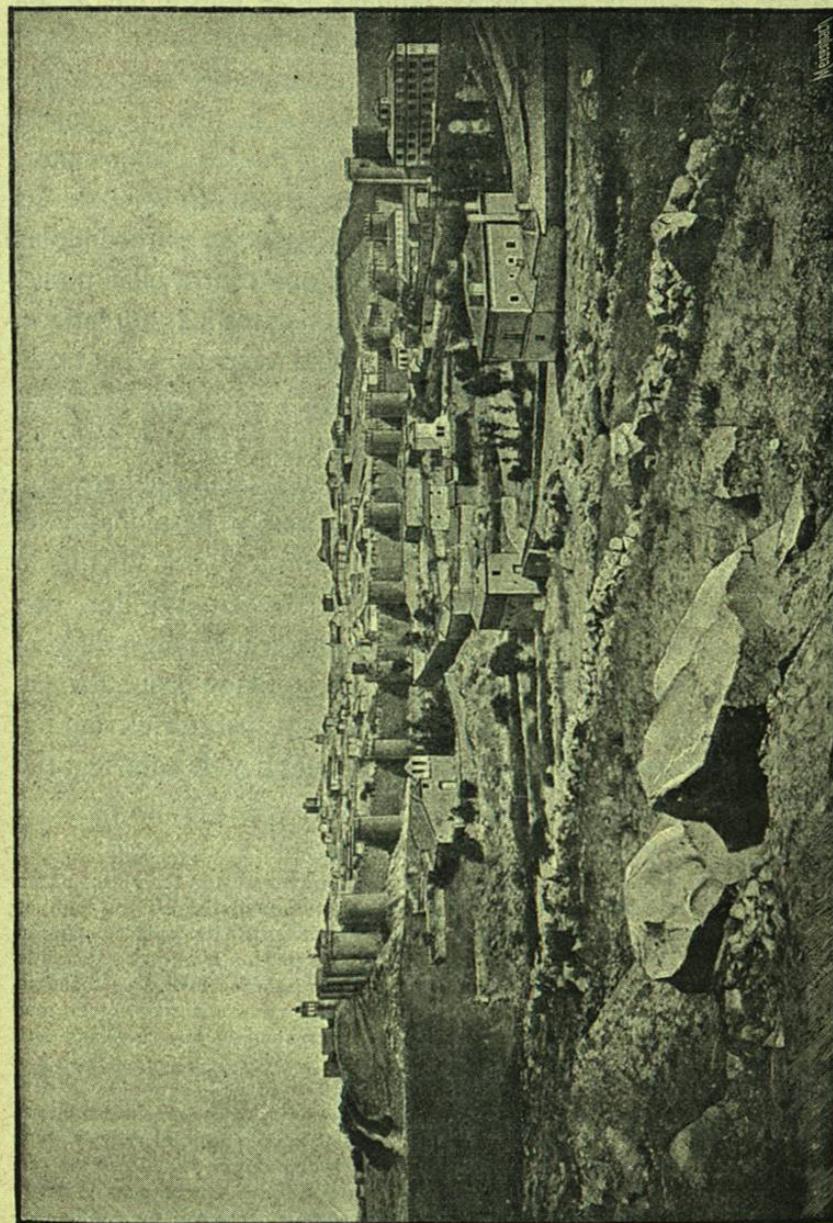
Crónicas Avilesas

Dos ciudades, al mismo tiempo que Salamanca, resucitaron con su nombre y sus recuerdos romanos del polvo en que una y otra vez las habían hundido los sarracenos, por la poderosa eficacia del conde Raimundo de Borgoña. Ávila y Segovia, sitas en las vertientes septentrionales del Guadarrama que por tantos años sirvió de frontera, al trasladarse ésta después de la toma de Toledo á las márgenes del Tajo, brotaron como centros de la red de poblaciones que iban á cubrir la zona hasta entonces desierta, repartiendo entre sí la jurisdicción del territorio. En ambas, todavía más que en la ciudad del Tormes, se imprimieron las miras y

tendencias del yerno de Alfonso VI, el sello de las instituciones y de las artes de su patria, el carácter de sus paisanos y seguidores. Cierta organización propia de colonias militares, cierta profunda separación y aun antagonismo de clases más conforme al feudalismo francés que á la igualdad española, cierta esplendidez de edificios construídos al estilo románico de allende los Pirineos más que á la usanza de nuestra vieja arquitectura, indican la procedencia de los gérmenes implantados en las orillas del Adaja y del Eresma.

Esta restauración tan importante bajo todos conceptos, que hecha en el tránsito del siglo XI al XII, en una época alumbrada ya por copiosa luz histórica, debía sernos detalladamente conocida, no ha dejado documento alguno en los archivos ni memoria apenas en los anales. Respecto de Ávila trataron de llenar el vacío las crónicas del país, recogiendo sin duda varias tradiciones orales, pero mezclándolas con tal cúmulo de fábulas y leyendas, que es punto menos que imposible discernir lo seguro de lo incierto, lo recibido de lo forjado. En semejante deslinde presenta su historia una dificultad análoga á la que ofrecen sus monumentos en distinguir de la fábrica primitiva los accesorios y reformas posteriores, cual si los escritos y las piedras compitiesen allí en mentir antigüedad.

La fecha de estas invenciones no puede precisarse, pero si no nacieron á principios del siglo XVI, al menos entonces adquirieron consistencia y boga. En 1517 el corregidor Bernal de Mata, al mismo tiempo que se ocupaba en hermostear la ciudad reparando muros y puertas, construyendo puentes, plantando pinares y saucedas, inquiría sus orígenes y blasones, á cuyo deseo respondió un libro antiguo guardado en poder del regidor Nuño González del Águila, que hizo copiar en pergamino y poner en el arca del concejo titulada *de leones*. No osamos asegurar si se copió en efecto ó si se escribió á la sazón por primera vez. Su lenguaje afectando arcaísmos sostiene mal sus pretensiones de añejo; los nombres y aventuras de sus héroes



ÁVILA. — VISTA GENERAL

huelen á romances y libros de caballería; su objeto tiende á ensalzar las proezas de ciertas familias más que á narrar los hechos y servicios de la población, y á sancionar sobre todo el despego de los caballeros *serranos* ó montañeses respecto de los mercaderes ó *ruanos*; sus referencias á la historia general estan plagadas de errores y anacronismos. Por los mismos años, en 1519, el cronista Gonzalo de Ayora en su *Epilogo* de las cosas de Avila acogía algunas de estas especies estrenándolas en la prensa; y temeroso de los reparos que contra ellas pudieran suscitar su novedad y contradicción con datos más auténticos, las pone bajo la salvaguardia de un filial respeto á las tradiciones (1).

Desapareció á pesar del esmero con que se le custodiaba en el archivo municipal, el códice ó más bien traslado del corregidor, sobre cuya fe atestiguaban escritores y heraldos, y el P. Ariz en 1607 sólo pudo ya referirse á los ancianos que lo habían visto (2). Sin embargo, en poder de otro regidor, don Luís Pacheco, existía desde años atrás una crónica algo diferente de la expresada, cuyas adiciones y variantes se proponían enmendar, al parecer, la narración de Ayora y sustituir ciertas noticias *apócrifas* con otras no más seguras (3); y de esta se valió

(1) «Y porque, dice, las escrituras de aquel tiempo no están tan claras ni tan bien ordenadas que á cada paso no haya dudas, conviene distinguir los tiempos y salvar la diversidad y honra de los escritores, pues tanto bien y luz nos hacen en sus escrituras, y no condenar la memoria que de padres á hijos ha sucedido como ciencia de cábala.» En 1851 se reimprimió por haberse hecho ya rarísimo dicho *epilogo* reducido á un cuaderno de pocas hojas, cuyo autor es célebre por su adhesión á la causa de los Comuneros y por la persecución que le atrajo ésta en su vejez.

(2) En la 3.^a parte de su obra se expresa así: «Quién fuese la causa de la perdición de esta historia no se sabe, mas de que á personas muy principales, letrados y ancianos, he oido que la vieron y leyeron, y así de pedazos me voy valiendo.» Existe no obstante en la Biblioteca Nacional una copia de ella sacada en 1590, otra en la Academia de la Historia y otra que tuvimos presente en Ávila.

(3) Dos manuscritos de esta segunda crónica, ambos pertenecientes á Pacheco, poseen también la Academia y la Biblioteca antedichas; el primero lleva la fecha de 1566, el otro la de 1600. Sobre ellos y sobre su cotejo con la historia de Ariz, emite interesantes observaciones nuestro amigo don Vicente de la Fuente

sin duda el buen religioso para las elucubraciones que preparaba. No que se limitase á reproducirla vestida con nuevo ropaje; quiso también ensayar las fuerzas de su inventiva, quiso autorizar su *leyenda*, como la llama él mismo, con respetables abolengos, y poco satisfecho con atribuir la copia al alcalde Fernán Blásquez en 1315, y el original á Hernán de Illanes hijo de Millán, uno de los primeros pobladores en 1073, puso gran parte de ella en boca del obispo de Oviedo don Pelayo, y creó para servirle de fiadores á un Guido Turonense de Orbibus y á un tal Nestorino griego, en cuyas fuentes bebiera sus peregrinos conocimientos. Por desgracia para los amantes del buen gusto y por fortuna para los amigos de la verdad, ni era tan risueña y lozana la fantasía del padre benedictino, que prestase á su engendro belleza y vida, ni cabía en su instrucción y talento darle visos siquiera de genuino. El habla no es griega, ni latina, ni castellana del siglo XI, del XII ni del XIV, sino tal como supo forjarla quien poco ó nada entendía de matices: con las ficciones caballerescas se mezclan los delirios mitológicos y las pedantescas etimologías; pululan de uno á otro extremo las lisonjas nobiliarias y los dislates heráldicos; y representando en su portada esta monstruosa confusión de elementos, sale á luz la *historia de las grandezas de Avila* en dicho año de 1607 (1). Hizo fortuna no obstante, menester es decirlo, en aquella edad de supercherías, y no sólo fascinó al crédulo Gil González Dávila, sino al diligente Sandoval que al tenor de ella amplió su *crónica de los cinco reyes*, y hasta al discreto Colmenares histo-

(carta 3.^a p. 73 y siguientes) en la polémica sostenida acerca de las *Hervencias de Avila*, que mentaremos más adelante.

(1) Figura la portada un alcázar, por cuya puerta salen el conde don Raimundo y doña Urraca, seguidos de varios caballeros, y sobre cuyos torreones aparecen Alfonso VIII, Enrique I, Sancho IV, Alfonso XI, Juan II é Isabel la Católica; á una ventana encima de la puerta, se asoma Alfonso VII el emperador, y entre las rejas de una torre Alfonso I de Portugal. Á la izquierda deja verse Hércules con la clava y el mundo al hombro, á la derecha san Segundo de rodillas, y abajo los escudos de las dos cuadrillas en que estaba partida la ciudad, el de Blasco Jimeno con seis roeles y el de Esteban Domingo con trece, en medio de los cuales no se descuidó el autor de poner el de Martínez Ariz.

riador de Segovia; Ponz y Llaguno á fines del siglo pasado la citaban en sus estudios artísticos, y aun hoy día no le falta campeón que esgrima el acero en su defensa.

Tales son los cauces nada limpios por donde nos han llegado muchos de los acontecimientos que vamos á referir. Pensá-bamos omitirlos limitándonos á lo poco que resulta legítimo y comprobado; pero ¿cómo prescindir de hechos tan vulgarizados ya, tan pegados, por decirlo así, al suelo y á las paredes, y á los cuales por la ciudad á cada paso hallaremos alusiones? ¿cómo privar á nuestros lectores de concepciones transmitidas y retocadas por tantas plumas, y cuyo primer tipo aunque gradualmente adulterado, puede remontarse á remotos *cantares de gesta* y tomar origen tal vez de bandos sangrientos y de hazañas memorables? ¿cómo no reconocer en las propias mentiras de agravios y querellas y primacías entre los pobladores, que no creemos inventadas por los falsarios del xvi ni por los más torpes del xvii, el espíritu de clase, la acerbidad de pasión que las fraguaba?

Lo que no cuidaremos de averiguar es *cuál de los cuarenta y tres Hércules* conocidos en la antigüedad *tuvo amores siendo rey de España con una señora africana*, engendrando en ella al valiente Alcideo, que después de *mamantar siete años* fundó la ciudad de Ávila y le impuso el nombre de su madre; pues acerca de éste y de otros graves asuntos, nos referimos á la sabrosa relación hecha en Arévalo por el obispo don Pelayo á los nuevos colonizadores y conservada á la letra por el P. Ariz. Aparte de esa alcurnia de semidioses y de las emigraciones caldeas y raíces hebráicas de que otros pretenden derivar el principio de aquella, habremos de reducir toda su historia antigua á raras y desnudas menciones: *Obila* la llama Tolomeo situándola entre los vetones, al extremo oriental de Lusitania, *Abula* las memorias de la predicación de san Segundo, discípulo de los apóstoles, *Abila* san Jerónimo al referir la intrusión de Prisciliano en su silla episcopal, y *Abela* sus preladados al firmar en los

concilios de Toledo (1). Las primitivas edades no le dejaron más vestigios que unos toros ó elefantes de piedra, colocados hoy en el portal de algunas casas, cual se encuentran aún en abundancia por las regiones vecinas, ora sea romana ora púnica su procedencia, ya tuvieran por objeto el cumplimiento de un voto, ya la conmemoración de una victoria.

Ávila, sometida por Muza, perteneció bajo el dominio sarraceno como en tiempo de los godos, á la provincia de Mérida: Alfonso I la recobró pasajeramente, pero hacia el 785 volvía ya á ser musulmana, al visitarla en sus últimos años el califa Abderrahmán. Si la libertó Alfonso III en sus expediciones hasta el Tajo, si la aseguró en poder de Ramiro II la victoria de Simancas, debió sin duda sucumbir nuevamente al irresistible ataque de Almanzor; y cuando el conde de Castilla Garci Fernández había empezado á repoblarla, sobrevino en 1007 Abdelmelic Almudafar, hijo del azote de los cristianos y derribó sus murallas por los cimientos (2). En el reinado de Fernando I yacía la ciudad arruinada; mas alguna iglesia quedaría de pié donde se guardasen, aunque sin la decencia conveniente, los cuerpos de san Vicente y de sus hermanas, pues que desde allí el piadoso rey hizo trasladarlos á León. De todas maneras la restauración de Ávila, digan lo que quieran las fechas de sus crónicas tan poco fidedignas como lo restante, no pudo preceder á la conquista de Toledo, ni al desposorio del conde Raimundo con Urraca por los años de 1092, y de ciertos escasos indicios acor-

(1) Para el capítulo siguiente reservamos las noticias eclesiásticas. *Abila* en idioma cartaginés significa *altura*, según dice Sexto Avieno á propósito de la columna de Hércules del lado de África también llamada así, cuya identidad de nombres ha dado lugar á transferir al centro de la península los expresados amores.

(2) Hasta seis reconquistas de Ávila correspondientes á otras tantas pérdidas y anteriores á su restauración, trae la historia de Ariz, unas sin prueba suficiente y otras equivocadas en la fecha: la primera por Alfonso el Católico, mantenida hasta 767; la segunda por Bernardo del Carpio en 810, á la cual siguió su toma por Abderrahmán (el II); la tercera verificada en 871, y su pérdida en 896; la cuarta en 910, que duró hasta el tiempo de Almanzor; la quinta atribuida al conde Garci Fernández, y la sexta al conde Sancho García su hijo, en 992. La asolación de los muros por Almudafar, supone aún otra reconquista posterior.

des con la situación topográfica parece resultar que se emprendió después que la de Segovia y antes que la de Salamanca, en la última década del siglo XI.

Lástima que no emanen de más pura vena las copiosas noticias que de la expresada puebla y de sus primeros habitantes, de sus edificios y constructores, nos suministra la leyenda de Ariz, porque á pesar de una distancia de poco menos de ocho siglos, creeríamos estar presenciando aquel grandioso movimiento. Sobre el perímetro trazado por el conde y bendecido por el obispo, veríamos en nueve años (desde 3 de mayo de 1090 hasta 1099), levantarse los soberbios muros, y ponerse otra vez en hilera, mezclándose entre sí los dispersos sillares labrados por sarracenos, godos, romanos y hasta por las membrudas gentes de Alcideo (1); veríamos hender robustos pinos y armar ingenios y tablados y humear los hornos de cal, y al frente de mil novecientos trabajadores, moros cautivos docientos de ellos, y de numerosos maestros de *geometría* venidos de León y de Vizcaya, dirigir las obras el romano Casandro y el francés Florín de Pituenga. Asistiríamos en 1091 á la inauguración de la catedral por el prelado Pedro Sánchez Zurraquín con los caudales recogidos en Francia, en Italia y en la península española, á su rápido desenvolvimiento de levante á poniente, y á su terminación llevada á cabo en 1107 por el maestro navarro Alvar García de Estella (2). Las clases y los oficios se distribuirían á nuestra vista por barrios, avecindándose en el burgo de san Pedro muchos nobles escuderos, en el del norte los maestros y oficiales de cantería, en el del puente molineros, tinto-

(1) «Cá avie asaz piedra, dice el texto, de los muros que ficiera Alcideo y de la que los Romanos, Godos y Moros carreararon en lueñes tiempos, cá si la piedra hubiera de ser tallada, á duro fuera bastante ningun rey á fabricar tales muros.» Cita el autor varias inscripciones romanas esculpidas en dichas piedras, que omitimos copiar por lo sospechoso de su crédito.

(2) Para la fábrica de la catedral, cuenta que envió el rey de Aragón (no sabemos si Sancho ó Pedro I), cincuenta moros cautivos y las sumas recogidas con este objeto, que guardaba en el castillo de Ariza, en cuyo aserto nota más de un anacronismo el Sr. La Fuente.

rosos y curtidores, y en el de Santiago y Santa Cruz al medio día, los demás advenedizos y algunos labradores con los moros que habitaban allí de antemano; los judíos dentro de las murallas junto á la parroquia de Santo Domingo. Entre todos, según la crónica, se contaban seis mil vecinos.

De los pobladores franceses que vinieron con el conde y cuya influencia no debió ser escasa, apenas se lee allí mención alguna; toda la importancia se atribuye á los montañeses de Asturias, Cantabria y tierra de Burgos, que bajaban transportando en innumerables carros sus hijos y mujeres y rústicos ajuares. Como jefes de estas caravanas figuran Jimén Blásquez, Álvaro Álvarez, Sancho de Estrada, Juan Martínez del Abrojo, Sancho Sánchez Zurraquines y Fernán López Trillo, entre los cuales repartió el rey ó su delegado, los principales cargos civiles y militares. Á los dos primeros nombró gobernadores, pero viéndolos mal hermanados en el poder puso en su lugar por único á Fernán López: coligáronse contra éste los destituidos y le retaron; respondió por él su yerno Estrada, y al cabo, avenidos por sentencia arbitral y por recíprocos enlaces de familia, volvieron á regir Álvaro Álvarez y Jimén Blásquez, alternando anualmente en la provisión de los oficios. Por muerte de su colega en 1098, quedó solo Jimén Blásquez, quien al año siguiente hubo de castigar con severidad las reyertas suscitadas entre castellanos y leoneses por un lado y gallegos, asturianos y vizcaínos por otro. Con dichos sucesos intercala el cronista cien episodios é incidentes: ya la solemnidad de una ordenación eclesiástica ó de una promoción de caballería, ya las espléndidas bodas de Sancho de Estrada con Urraca Flórez dama de la infanta, ya el recibimiento hecho á una princesa mora hija de Almenón, enviada allí por Alfonso VI para educarse al lado de su hija, ya la correría de un caudillo infiel nombrado Galafrón, vencido y muerto por Jimén Blásquez, y el suplicio de unos moros bandoleros ahorcados en el foso, y la decapitación de Sancho del Carpio gobernador de Talavera, por no haber impedido el paso

del Tajo á los invasores. Sólo la propiedad de detalles y la gracia del colorido, pudiera dar á estos cuadros, á falta de la verdad histórica, el valor literario de que sobre todo carecen.

Un hecho empero más notable por su carácter social consigna hacia la misma época el manuscrito de 1517. Habían salido en cabalgata los *serranos* (1), y á su regreso hallaron asolada por los moros la tierra con cautiverio de personas y robo de ganados hasta las puertas de la ciudad. Preguntaron á los que habían quedado dentro sin aliento para defenderla acerca del número de los infieles, y siendo en verdad excesivo lo abultó todavía más el espanto; no obstante les animaron á seguirles para recobrar la presa y vengar el ultraje. Al llegar á cierto punto del camino, al Rostro de la Colilla, volvióse atrás la gente menuda; los caballeros pasaron adelante hasta Barba-cedo, y después de consultar á un agorador, embistieron al enemigo acampado junto al río y lo destruyeron ganando un riquísimo botín. En vez de acogerlos con entusiasmo, la ingrata plebe les cerró la entrada, y no satisfecha con obtener sus hijos y esposas y los haberes que se había dejado arrebatar, osó reclamar de sus libertadores parte de la ganancia; negáronse éstos atrincherándose en las cercanías, y estaban para venir á las manos los dos partidos, cuando llegó de Segovia á ponerlos en paz el conde Raimundo. Echó fuera del murado recinto á los que tan mal habían sabido guardarlo (2), y estableció en él á los serranos, confiándoles exclusivamente las alcaldías y la custodia de los portillos; y tan pingües eran los despojos que les adjudicó por entero, que le tocaron en razón del quinto quinientos caballos. En esta situación privilegiada los mantuvo Alfonso VII, y nada quiso innovar Sancho III á pesar de las que-

(1) Así llama constantemente dicha crónica á los caballeros, sea por su alcurnia montañesa, sea por las sierras que guardaban y donde tenían sus heredamientos. Ariz apenas usa de este nombre.

(2) «Sacólos fuera de la villa á la Nava», dice la copia de que nos valimos; otras escriben á la *Raval*.

jas de los expulsos domiciliados en el arrabal, diciendo que su padre no era hombre para haber concedido sin derecho tales ventajas. Durante todo el siglo XII continúa sin tregua esta guerra de clases y diríamos casi de razas, de cuyas causas y pormenores podrá dudarse pero no de su existencia, puesto que cinco siglos después aún se alimentaba de tradiciones semejantes.

Grata debió ser á Alfonso VI, de cuyas disposiciones hacia su yerno se ha hablado tan diversamente (1), la rápida organización que supo dar Raimundo á la improvisada ciudad, repartiéndole entre los vecinos la tierras libres de impuestos por diez años, poblando en sus términos multitud de lugares y aldeas regidas por dos alcaldes cada una, levantando mediante ciertos privilegios en dehesas y pinares una fuerza permanente de caballería que no sólo defendiera el país sino que concurriese á la conquista de los de allende las sierras. Seiscientos jinetes y cuatrocientos ballesteros de Ávila, si hemos de creer á su cronista, se distinguieron en 1106 en la toma de Cuenca y Ocaña, muriendo gloriosamente en la primera Sánchez Zurraquín, de cuyo hijo Zurraquín Sancho cuenta lances maravillosos atestiguados por cantos populares (2). Mas empeorando los tiempos con la muerte del rey Alfonso, acudieron tarde los avileses á proteger

(1) Según la *Historia Compostelana*, lib. I, cap. 27, *speciali dilectionis privilegio eum diligebat*: según el arzobispo don Rodrigo, el padre de Alfonso VII *non fuerat in regis oculis gratiosus*. El cronista de Ávila indica que el rey hizo salir de dicha ciudad al conde y á su esposa, según unos por celos y desconfianza que de él tenía, según otros por inquietud de ver á su hija en población todavía sin murallas.

(2) Cita el estribillo de uno que decía:

Cantan de Oliveros e cantan de Roldan,
e non de Zurraquin cá fué buen barragan.

Y luégo repetían:

Cantan de Roldan e cantan de Olivero,
e non de Zurraquin cá fué buen caballero.

En el tomo de *Castilla la Nueva* copiamos el pasaje relativo á la toma de Cuenca, apuntando ya acerca de la crónica citada el mismo juicio en que luégo nos ha confirmado un estudio de ella más especial.